

JAIME GUZMAN

¿Arrebatarse las banderas?



Al iniciar la reforma agraria en El Salvador, el integrante de su Junta de Gobierno coronel Jaime Abdul Gutiérrez acaba de declarar que "la extrema izquierda ha perdido una bandera", y que "el comunismo ya no tendrá que ofrecerle tierras al campesino, porque ya se las dimos, y ya no le ofrecerá distribuir su dinero (el del gran capital) porque ya se lo estamos distribuyendo nosotros".

No es extraño que se trate de una Junta de Gobierno en que la expresión civil básica sea la Democracia Cristiana. Ni tampoco que en su respaldo esté jugando a fondo el Gobierno norteamericano. En este caso, ni el origen de facto del régimen salvadoreño ni el estado de sitio que ha decretado para imponer "las reformas", les despiertan objeciones o repulsa. Se busca que "los moderados hagan los cambios", para que la "justicia social", derivada de ellos, "arrebate las banderas" al marxismo y al terrorismo.

Dentro y fuera de El Salvador, habrá quienes se ilusionen con semejante intento. Pero los chilenos no podemos olvidar que, con todas las diferencias entre ambas realidades, también acá recorrimos ese camino, cuyo trágico final arrasó con las buenas intenciones de sus ingenios promotores.

Fue la "Alianza para el Progreso" del Gobierno de Kennedy la que presionó la primera reforma agraria chilena. El señuelo de la ayuda económica corría a parejas con la amenaza del "gran garrote" en caso contrario. La coalición del Frente Democrático que gobernaba con Jorge Alessandri cedió a la tentación, y el proceso fue iniciado. Con una reforma ciertamente prudente, pero cuyo error era aceptar deslizarse por el tobogán.

Dos años después, el Gobierno demócratacristiano la descalificaba como "de macetero", e impulsaba otra sustancialmente más extrema, de claro signo socialista, confiscatorio y politiquero. Pero nos decía que ahora sí que él arrebataría la bandera al comunismo.

Lo que al final del Gobierno de Alessandri ocurrió en un punto específico, durante el sexenio demócratacristiano se extendió a

todos los niveles. Ya no se trataba sólo de la reforma agraria, sino de "la reforma de todas las estructuras". La euforia norteamericana para apoyar esta tesis desde el inicio de la campaña presidencial de Frei, no tiene parangón en nuestra historia política. Era todo un nuevo modelo económico-social, esencialmente distinto al de la economía libre y al del socialismo colectivista, el que surgía con fuerza redentora.

El final lo conocemos todos. La imposibilidad de precisar esta inexistente "tercera posición" llevó al PDC a evolucionar en 1970 hasta la "vía no capitalista de desarrollo" del programa Tomic, de cuño francamente socialista, y cuya significativa afinidad con el de la Unidad Popular él mismo subrayó reiteradamente. Pero ni siquiera eso fue suficiente para evitar ser derrotado por el marxismo, que llegó así al Gobierno de Chile.

Y entonces éste, que había apoyado cautelosamente todas las reformas socializantes anteriores, inició la suya: convertir a nuestra Patria en un Estado marxista al servicio del imperialismo soviético. Y, anécdota o síntoma del drama, su reforma agraria —la tercera— fue realizada por el mismísimo señor Chonchol, que había inspirado la del señor Frei.

El marxismo demostró así que nadie le había "arrebato" sus banderas. Probó, una vez más, que en política las banderas ajenas no se arrebatan jamás. Que nada se obtiene con correr detrás de ellas, porque sólo se prepara el camino a los adversarios. Especialmente a quienes no tienen límite en la demagogia, porque instalados ya en el poder no dan revancha. Nos enseñó, en fin, que en lugar de parodiar las reformas socialistas, el único cambio capaz de conducir efectivamente a la justicia social es el inverso: lograr el desarrollo integral a través de una economía social de mercado, que permita al Estado redistribuir creciente bienestar y no pobreza.

Pero ello exige que las banderas acertadas se levanten no sólo por manos firmes, sino exentas de corrupción. Este es quizás el desafío más arduo para esa hermana república salvadoreña.

TERCERMUNDISMO

Congreso anticapitalista

□ Un obispo y algunos sacerdotes chilenos participaron en el encuentro teológico de Sao Paulo

Hace un par de meses, monseñor Jorge Hourton, Obispo auxiliar de Santiago, consideró que era un deber solidario exteriorizar su pena y sorpresa por la sanción vaticana al teólogo Hans Küng. Ahora ha preferido dejar en el silencio su reciente participación en el Congreso de Sacerdotes Tercermundistas.

En consecuencia, no fue posible conocer la opinión del prelado respecto a la meta propuesta por los teólogos congregados en Sao Paulo, Brasil: organizar "una lucha común a fin de borrar el pecado del mundo, el gran pecado social del sistema capitalista".

Las reacciones del resto de los chilenos que acudieron al encuentro tampoco han



OBISPO JORGE HOURTON
Prefiere guardar silencio